



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,
AÑO II. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 22.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias. . .	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero. .	$\frac{1}{2}$ peso.	$1\frac{1}{2}$ pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 10 de Agosto de 1879.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

LA DIANA.

(Conclusion.—Véanse los números anteriores.)

CANTO SEXTO.

Batida general.

Ahora, ninfas de mi patrio rio,
Náyades frescas, verdes hamadrias,

Que del soto habitais en lo sombrío;
Napeas de los pastos, bellas drías,
Pues en mi plectro el tono se levanta,
Inspirad dulces versos al que canta.
Y ¡oh sátiros, oh faunos y silvanos!
Y tú, padre Sileno, que tendido
Bajo de tu emparado en los veranos
Estás del resistero defendido,

Todos venid, que en valles y praderas
La batalla campal se da á las fieras.
Si la dulzura de Luzan cantára,
Los montes con su metro humillaría,
A quien sólo Montiano le igualára:
¡Oh antigua fe! ¡oh piedad! ¡oh muerte fria!
¡Oh Montiano! ¡oh pesar! ¡oh desvario!
¡Oh malogrado y dulce amigo mio!



PESCA DEL CONGRIO.

¿Qué dolor me trasporta arrebatado?
 ¿Dónde estás, que no me oyes cual solías?
 ¿Cómo te has de mis ojos ausentado?
 ¿Por qué regiones nuevas y sombrías
 Vagas ahora? ¿Acuérdaste, Montiano,
 Cuando hablabas conmigo mano á mano?
 ¿Diñe, ¡oh mi amado! cómo te partiste
 (Si á un difunto la voz es concedida)?
 ¿Cómo al fin poco á poco enmudeciste?
 ¿Qué hubiera prolongádote la vida?
 ¿Cómo cuando cadáver tú yacías
 Yo te llamaba, y tú no respondías?
 ¿Eres tú aquel con quien (¡oh muerte fiera!)
 Mis obras consultaba, y mutuamente
 Las doctas tuyas? ¿Quién me lo dijera!
 ¡Cuánto te holgáras viendo la presente
 Obra rústica, al fin de poca estima,
 Como cosa que sale sin tu lima!
 ¿Cómo se muere? dime: ¡oh si te viera!
 ¡Oh cuántas cosas yo te preguntára
 De la conversacion que entónces era
 Materia nuestra! ¡Oh qué de veces cara
 Te fué mi vista! ¿A quién en este caso
 Dará Apolo el gobierno del Parnaso?
 Tú al teatro español restableciste
 El honor, á quien yo seguí inmediato,
 Aunque inferior; mas no vencer pudiste
 De nuestra dura patria al pueblo ingrato,
 Y hoy debo (los malévolos aparte)
 Sin lisonja ni envidias celebrarte.
 Si algo pudiese ¡oh dulce amigo! en cuanto
 En láminas mis números se escriban,
 Su luz esparza Apolo al azul manto,
 Las musas duren, y mis versos vivan,
 Tú Montiano serás: á manos llenas
 Dadme purpúreas flores y azucenas.
 Dadme perfumes, y aunque inútilmente
 Tendré este vano y frívolo consuelo,
 Y suban desde el túbulo reciente
 Mis lágrimas y súplicas al cielo;
 Mas calmen algo aquéllas entre tanto,
 Que es fuerza siga el empezado canto.
 Síguele ¡oh Musa! y dime con cuál arte
 En la alta Cogollada, en las Pamplinas,
 Ó el hondo Quintanar, ó en otra parte,
 A són de las cornetas y bocinas
 Rinden las fieras la dañosa vida
 En la ruidosa y general batida.
 Esta es de los campeones digna hazaña,
 Limpiar de monstruos bárbaros el mundo
 Como Alcides: del hombre la alta saña
 La razon vence con pesar profundo:
 Mas las fieras que en cóleras exceden
 Matan sin más razon que porque pueden.
 Cada cual conociendo á su enemigo
 Se guarda, y así el mundo es conservado:
 Tú elige en la batida el puesto amigo
 Cara al viento: si el sol ha tramontado
 Entre encarnada niebla húmeda y fría,
 Hará ábrego ó gallego al otro día.
 Ni ménos convendrá á los cazadores
 De la caza saber la retirada,
 Requeridos villanos y pastores:
 Al que es prudente preguntar le agrada,
 Pues siempre ventajoso irá á la guerra
 El que fuere más práctico en la tierra.
 Ni dejen de informar las atalayas,
 Que al sol verán salir del claro oriente,
 Y atentas estas cosas, es bien vayas
 A ver el puesto con el aire enfrente,
 Del monte al paso de carrascas mochas
 En las encrucijadas de las trochas.
 Así el famoso capitán Leonidas
 Los célebres tomó desfiladeros,
 Y degolló en Termópilas vencidas
 Persianas muchedumbres de guerreros
 Con trescientos de Esparta solamente,
 Pues tanto ayuda el puesto al que es prudente.
 Y despues que á la cola de un caballo
 El cebo se arrastró, cortado el viento,
 Porque pique la caza es bien dejallo:
 Y prontas á cumplir tu mandamiento
 Estén con prevenciones y cautelas
 Las murallas portátiles de telas.
 Ya alerta, Luis, están tus cazadores,
 La firme juventud de tus monteros,
 Los mozos de trailla y ojeadores,
 Fieles guardas y nobles ballesteros,
 Y con fuertes caballos de parada
 Cien mancebos montó la regalada.
 Ya la espantosa prevencion horrible
 De cañones de Aguirre y de Metola,
 De Muñoz la recámara terrible,
 De Corral, Leguizamo y española
 Multitud diestra, que Vulcano enseña,
 Con muestras de Palacios y Mirueña.

En los grandes arcones conducida
 Espera ser escándalo del monte,
 Y la tropa auxiliar muy atrevida
 De perros, de quien tiembla el horizonte,
 Con mastines que arrastran grandes reses
 Los anhelantes dogos irlandeses.
 Inquieta la Perlucha forcejeando
 Casi rompe el collar, fina lebreja,
 Que está las blancas presas demostrando,
 Con la piel del color de la canela,
 Que Pizarro encontró, manchada á trechos
 De blanco, y las pezuñas y los pechos.
 De tal casta, pelaje y excelencia
 Fué aquel famoso perro su ascendiente,
 Que sirvió al arcediano de Palencia,
 Llamado *Bruto*; y siendo tan valiente,
 Para dejar sus miembros bien pagados
 Contaron por millares los ducados.
 Ni tu gran magnitud será llamada
 De mis versos, *Sultan*, perro atrevido,
 Por quien la altivez turca es imitada:
 De hermosa capa blanca te ha vestido
 Naturaleza, y porque te adornáras,
 De grandes manchas bárcenas y claras.
 Y las dos perdigueras ambas diestras,
 La *Mona* con la *Linda* van trabadas,
 Las dos en toda caza muy maestras:
 Y tú, á quien las molindas celebradas
 De Caracas dan nombre, que derrama
 De Guayaquil y Maracaibo fama.
 Ya en filas ordenadas las cuadrillas
 Obedecen á Hilario y á Galero;
 Ya de aldeas, lugares y de villas
 Salíó de mozos escuadron guerrero
 A caballo y á pié, batiendo ufanos
 De callada los montes comarcanos.
 Como cuando el gran rey publicó guerra,
 Que con denuedo, esfuerzo y alegría
 Gimió asustada al ímpetu la tierra,
 Todo el reino á las armas acudia
 Con victorioso y bélico deseo
 Desde el Calpe al quemado Pirineo.
 Ya á trechos en las mangas embudadas
 En lutas ciento están asegurando
 De caballos y perros las paradas:
 Ni la caza que está contramangueando
 Puede hacer punta en los aportaderos,
 Que lo estorba el afán de los rederos.
 Ya á la gente de campo hacer la entrega
 El sargento mayor de la Persona
 Espera, pues se dice que ya llega:
 Ya más veloz que Apolo y que Latona
 Corriendo, automedon de más destreza,
 El látigo chasqueó *Mala-cabeza*.
 Ó á caballo, gran Luis, vienes al puesto
 Sobre un animal bárbaro, arrogante,
 Galán, osado, furibundo y presto,
 Brillando el preciosísimo frontante,
 Con ricos paramentos recamados
 De alcahofas de plata en los dos lados.
 Acaso al lado vas del grande hermano,
 A quien con miedo y con temblor profundo
 La tierra y el undiseno Oceáno
 Le da el imperio universal del mundo,
 Ó el príncipe don Carlos te acompaña,
 Esperanza feliz de la alta España.
 Jóven Augusto, si á mi humilde trompa
 Le es dado alzarse, con seguir tus huellas,
 Haré que el aire diáfano se rompa,
 Levantando tu nombre á las estrellas,
 A las estrellas que en vistoso alarde
 Ruega mi afecto que visites tarde.
 Ya vendrá tiempo en que mi voz te cante,
 Heroico triunfador de las naciones;
 Ahora tierno y castamente amante
 Te contemplo: Cupido, tus arpones
 Al primer descollar en sus abríles
 Traspasaron dos pechos juveniles.
 Ojalá pronto, pues del mirto amado
 Espera coronarte el Himeneo,
 Logres por Himeneo coronado
 (De la union felicísima trofeo),
 En blando catre de mullidas flores
 La dulce posesion de tus amores.
 ¡Oh cuánta pronóstico en tu semblante,
 Grandeza y heroísmo en breve idea,
 Cuando empuñes el cetro de diamante,
 Aliviando al gran Padre! ¡Oh! ¡Nunca sea,
 Y entrambos orbes con invicta mano
 Gobierna anciano con el más anciano!
 Despues que á la hermosísima princesa
 Llegues ansioso con amantes lazos,
 ¡Oh, cuánto al universo le interesa
 La resulta feliz de estos abrazos!
 Y hará que ¡oh España! en júbilo reboses
 La progenie adorada de los dioses.

Y tú, delicias de la hispana gente,
 Hermoso Gabriel idolatrado,
 No, no te olvido, jóven floreciente,
 Que al venatorio estrépito llamado,
 Vienes al bosque lóbrego y sombrío
 Á admirar las hazañas del gran tío.
 Y en carroza imperial sobredorada
 Llega la hermosa infanta archiduquesa,
 Que á no estar de su hermana acompañada,
 Dirás que la hermosura sola expresa,
 Y los tiernos Javier y Antonio hermanos,
 Que aprecian los juguetes de mis manos.
 ¿Qué diré del concurso y la nobleza
 Feliz del Tajo aurífero hasta el Batro?
 De España poderosa la grandeza,
 Que corona el soberbio anfiteatro,
 Donde las fieras Luis humillar quiso,
 Como el hombre en el sacro paraíso.
 El perro pico á viento inquieto ha dado
 Señal que está la res ya levantada,
 Ya han los fuertes mancebos empujado
 Blandamente la caza concertada;
 No cual la seña alegre al coliseo
 La solfa de Mison, que envidia Orfeo.
 La corneta sonó, é indica el gamo,
 Que por la ronca el hondo picadero
 Cava la mano abierta; un verde ramo
 Da muestras del venado muy ligero,
 Y la montera que el jabalí embista
 De blandas pieles y de corta vista.
 El lienzo blanco tremolado al viento
 Muestra que entre badenes y garranchos
 Se esconde el lobo audaz sanguinolento,
 De manos fuertes y de pechos anchos,
 Á quien tú esperas, Luis, del triunfo cierto,
 Ó en un tollo, ó á pecho descubierto.
 El pié siniestro al diestro adelantando,
 En ambos firme con gentil despejo,
 Y el cuerpo muy airoso perfilando;
 Descompuesto con gracia el entrecejo,
 Aprieta el pecho rebutida plata
 Del bruñido marfil de la culata.
 La mano izquierda corres al nielado
 Limpísimo cañon resplandeciente,
 La res con media vista has apuntado;
 Tocando la derecha diestramente;
 Porque de golpe ó pedernal te estrelles,
 Muestran su fuerza elástica los muelles.
 Peina el rastrillo, y con la chispa breve
 La salitrosa pólvora encendiendo,
 No cabe dentro, y rígida se atreve
 Á salir con estrépitos, haciendo
 Al instrumento que tu mano tiene,
 Sin licencia de Júpiter, que truene.
 La cierva del Menalo cayó al tiro,
 Cañon de Ortiz alarga el ballestero,
 En quien como en espejo yo me miro;
 De Erimanto el horror con su escudero
 Mataste de otro con destreza tanta,
 Como Meleagro, que ofreció á Atalanta.
 Ni las muy grandes liebres catalanas,
 Ni la astuta raposa se han librado
 De las postas mortíferas tiranas;
 De Lopez y Cenarro el azulado
 Cañon, de bala en plomo muy ligero,
 Envió la muerte al lobo carnícero.
 Cayó: mas no á las fieras espantosas,
 Jóven heroico, vences solamente,
 Los vicios y maldades más monstruosas
 Desvaneciste, estando tú presente,
 Pues sólo hiciste con tronante rayo
 En los brutos fierísimos ensayo.
 Oprimiste el orgullo y la soberbia
 Con el monstruo mayor de la ignorancia;
 Abatióse la pérfa protervia,
 La presuncion, lisonja y la arrogancia;
 Deshiciste la vil pobreza, en donde
 Sus iras la infernal envidia esconde.
 Ya vencedor, triunfante de las fieras,
 Erigirás magnífico trofeo;
 Pompeyo así, domadas las iberas
 Gentes, le alzó en el alto Pirineo,
 Y á tu gran padre, que en quietud descansa,
 Su triunfo escribe en gran columna Almansa.
 Con la testa ganchosa y colmilluda
 Del jabalí, que encama rabo á viento,
 La del lobo traidor y astuta anuda,
 La boca abierta, en ademan hambriento,
 Y estén aves y brutos diferentes
 Con las armas atados y pendientes.
 Entónces coronó la monteria
 Con los cuernos de caza resonantes,
 Las trompas, la algazara y vocería:
 Carga el despojo; ni te olvides ántes
 De premiar grato al venatorio gremio,
 Que es consecuencia del trabajo el premio.

El engendró los héroes, este mueve,
Y á él con vileza sigue disfrazado
Con nombre de interese la humilde plebe;
Cuando á los españoles han premiado,
Ellos mostraron del valor la suma,
Encadenando al Inca y Moctezuma.
Por él Epaminondas fué valiente,
Y el soberbio Tarif abominado
De nuestros padres; ni el decir afrente
Que á él deben las hazañas que han obrado
El grande capitán Duque de Sésar,
Cortés, Pizarro y Alejandro y César.

Los trabajosos números de Silio
Fáciles hizo, y remontó á los cielos
Los versos del altísimo Virgilio;
Y encontrando en los príncipes consuelos
Los humildes que siguen las Camenas,
No faltarán Marones, si hay Mecénas.

Luégo á las plantas de tu madre augusta
Ofrece el gran botín, que está prestando
La brava res, que con la llaga adusta
Fosca empezó á gormar desatinando,
Que está enseñada á semejantes dones,
Vencidas por su mando las naciones.

Aquí, si de mi lira asunto fuera,
Yo de esta gran Semíramis cantaría
El grado á que ensalzó la gloria líbera;
Su luz al sol primero le faltará,
Nieve al invierno, y el bochorno á estío,
Que materia sublime al canto mío.

Ya le acabé; feliz si por ventura,
Benigno Luis, me hubieses dado oído
Á mí, que con incógnita dulzura,
Habiendo hallar tu agrado pretendido,
Te canté las empresas de Diana
En mi florida juventud lozana.

Madrid, la gran Madrid me alimentaba
En tiempo tan dichoso, y fué aplaudido
Sin méritos mi canto; aquí empezaba
La ciencia á abrir su alcázar escondido;
Vió en él los Malebranchés y Bacones,
Los Lokes, los Leibnitzes y Neutones.

Feijóo, mi gran Feijóo, las pirineas
Cumbres pasar los hizo, y ha mostrado
El rumbo á solidísimas ideas;
La Física á ahuyentar ha comenzado
El falso pundonor caballeresco
De la nación y el genio quijotesco.

Y yo, que como el cisne mantuano
Se ensayó en la geórgica, y saliendo
De las selvas, cantó al varón troyano,
Canté la caza; con terrible estruendo,
Triunfantes en las tierras y en las olas,
Me esperan ya las armas españolas.

Para entonces mis méritos pretenden
La vénia de aquella alma soberana,
De cuya alta atención dos orbes penden;
É inflamada la musa castellana,
Seré nuevo Virgilio Mantuano,
Á sombra de otro Augusto Octaviano.

Cantando á este campeón tan excelente,
Debelador de monstruos y vestiglos,
Su nombre llevaré de gente en gente,
Hasta el fin de la tierra y de los siglos,
Y pondrá atento al orbe temeroso
Armisonante estruendo escandaloso.

Luis, entre tanto mis pequeños dones
Admite, y reglas, que á admirar atento
Cómo en ejecución diestro las pones,
Quedo en el bosque recobrando aliento,
De mi cantar un poco fatigado,
Á la sombra de una haya recostado.

NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

FIN.

PESCA DEL CONGRIO.

(Véase la lámina de la página 169.)

El congrio es uno de los pescados más abundantes en las costas de España, bañadas por el Océano y el Mediterráneo.

Su figura se asemeja mucho á la de la anguila, en cuanto á su forma y á la disposición de sus aletas en general; pero difiere en alto grado de ella con respecto á la longitud de los tubos anteriores de sus narices, que algunos autores á primera vista han confundido con las barbillas.

Además de esta diferencia esencial, sus ojos son igualmente mayores y mucho más prolongados, teniendo la aleta dorsal circuida de negro, adelantándose sobre el

dorso hasta muy cerca de la nuca, correspondiendo de este modo á la inserción de las pectorales.

Su nombre es casi el mismo en toda España y en las naciones vecinas; no obstante, en Andalucía y en la costa del Estrecho de Gibraltar le llaman, sin que sepamos la razón, *safio*; pero los portugueses hacen una pequeña diferencia, fundada únicamente en el color, entre este nombre y el de congrio, llamando *safio* al negro y congrio al blanco; de uno y otro se cogen en abundancia, con especialidad en las costas de Galicia; los negros, que son los más estimados en todos tiempos, en las inmediaciones de la costa, y los blancos, particularmente en el verano, á cuatro ó cinco leguas de distancia.

El color, generalmente ceniciento y algunas veces negro, ó bien salpicado de blanquecino, sirve también para diferenciar el congrio de la anguila; pero como el fondo de las aguas ocasiona con frecuencia variaciones notables de coloración, no se ha de conceder un gran valor á este último carácter.

El tamaño del congrio es también muy superior al de la anguila, aunque no podemos menos de creer muy exagerado el de seis metros que le atribuyen Gesner y sus copistas. Podemos asegurar por nuestra parte que en los mercados de España se tienen por muy grandes los que llegan á tres metros.

Este pescado, que es muy voraz, gusta de mantenerse en la embocadura de los ríos, donde ataca vigorosamente, sujetando entre los repliegues de su cuerpo, á los animales que intenta devorar.

Muchas veces sus víctimas no se dejan vencer impunemente, y se preparan á la lucha con sus defensas naturales, lo que le produce heridas crueles que no tardan en cicatrizar, porque es extraordinaria su energía vital.

Su carne blanca y magra es en general poco buscada en ciertas costas, en la que no tiene estimación alguna; pero en España, y sobre todo en Galicia, es muy apetecida después del salmón, sábal y otros; predilección justificada, si se atiende á que en las costas de la Coruña y Pontevedra este pescado, particularmente en determinadas épocas, es de un sabor delicado.

No abandona el congrio, como otros muchos peces, las costas de Europa; pero los mares extranjeros alimentan un considerable número de anguiliformes, que tienen con éste una gran conexión.

Atendiendo Cuvier á la longitud de su aleta dorsal, extendida sobre el dorso hasta la nuca, ha establecido un género limítrofe al de la anguila, y en el cual conviene establecer subdivisiones, porque la forma de los dientes, ora redondos, ora largos, agudos y cortantes, y la posición de la abertura de las narices, darán caracteres que entrarán en la diagnóstico de estos nuevos géneros.

El congrio se pesca de varios modos, á pesar de que cuando se le coge se defiende con vigor y trata de morder, y cuando se agarra con la boca á un objeto, ó se anuda con la cola á un cuerpo cualquiera, es preciso arrancarle las mandíbulas, ó dividirlo en dos pedazos, para hacerle soltar la presa.

En algunos sitios lo más corriente y común es pescar al congrio con cestos en forma de ratoneras, de las que se usan para coger langostas y cangrejos.

Ansiosos en demasía por los crustáceos que se han introducido ya en estos engaños, entran para comerlos y no pueden salir después.

El congrio muere también perfectamente en los sedales destinados á mar de fondo, como los llaman los pescadores de alta mar; del mismo modo se les coge con los sedales de mano, como puede verse en nuestro grabado, con particularidad cuando se pesca en un sitio próximo ó rodeado de rocas.

El mejor cebo para coger al congrio con sedal de mano es la jibia ó las lombrices comunes, de las que gusta en extremo.

Igualmente se emplean las latijas y otros pescados planos, de los que parece el enemigo habitual más encarnizado.

Aunque son muchos los congrios que se consumen frescos, son aún muchos más los que se reducen á ceciales, abriéndolos desde la cabeza á la cola y haciéndoles varios cortes trasversales para que los penetre el sol y el viento, que es el único medio de conservarlos.

Los más apreciados son los del puertecito del Pindo, inmediato á la ría de Corcubion, lo mismo que los del puerto de Cangas, inmediato á San Ciprian, entre Vivero y Rivadeo. Es de creer que merezcan esta preferencia por la prontitud con que se les prepara, y para lo que les favorece en extremo lo internados que están estos puertos en el Océano, y su proximidad á los comederos de estos pescados.

Rondelecio, hablando de los pescados de esta costa, hace la misma distinción entre los congrios, llamando litorales á los negros, y pelágicos ó de altura á los blancos, y bajo la fe de Eudoxo asegura que los hay de tal tamaño en ella, que en su tiempo, no pudiendo un hombre conducirlos, necesitaban muchas veces un carro.

Hoy día no son tan monstruosos, á lo ménos no se tienen noticias de ello, aunque muchas veces se cogen algunos de ochenta á cien libras.

En la costa de Asturias, añadiremos para terminar, se pesca una especie de congrio, al que dan el nombre de *perengena*; éste no se diferencia más del anterior sino en que su cola es un poco más ancha que la de los congrios comunes.

V. C.

CAZA DE MORENAS, Y DESENGAÑO DE CAZADORES FURTIVOS.

(Véase la lámina de la página 173.)

Uno de nuestros amigos, jóven exaltado por las idealizaciones, mimado en todo por las caricias de la fortuna, y cuya única ocupación consiste, merced á sus cuantiosos bienes, en satisfacer al punto sus caprichos, sea de la clase que quieran, fué invitado hace poco por uno de sus camaradas de colegio, residente en el Ampurdán, á pasar unos cuantos días en aquel pintoresco trozo de la frontera, con objeto de coger las primicias del paso abundante de los tordos.

Nuestro amigo, á quien pudiéramos llamar el hijo de la dicha, y que designaríamos con el nombre de Gonzalo, para que no diga que sacamos á relucir el suyo propio, después de dar á la estampa la aventura venatorio-amorosa que le oímos referir con cierto amargo despecho, recibió agradablemente la invitación de su antiguo compañero Alberto, inspeccionó por sí mismo dos de sus mejores escopetas, y creyendo, como todos creemos cuando hace mucho calor, que basta alejarse dos leguas del sitio en que se reside para aspirar un ambiente más fresco, se puso en marcha con rumbo al Norte de Cataluña.

Á los dos días llegó á Cadaqués, y á los cuatro, acompañado de Alberto, había gastado muchos cartuchos en los verdes cañaverales de Peralada.

Una mañana alargaron su expedición en busca de zorales hasta las lagunas de Bellegarde, y volvían cargados de abundante caza, después de una tirada de tres horas, comenzada ántes de rayar el alba. El tiempo estaba tempestuoso, el aire quemaba y pesaba como plomo derretido, y nuestros cazadores, abrumados de fatiga, resolvieron detenerse en la Junquera para refrescar y reponer las abatidas fuerzas.

En la calle principal del pueblo, que participa esencialmente de las costumbres de la nación vecina, se detuvieron delante de un establecimiento que ostentaba esta pomposa muestra:

EL VENADO BLANCO.

¡ALTO Á LOS CAZADORES!

La muestra se justificaba en el interior por varios atributos de caza y por una cabeza de ciervo adornada de espléndida cornamenta. La casa, aunque se trataba de una especie de fonda de cuarto ó quinto orden, estaba no sólo limpia, sino decorada con cierto gusto y coquetería.

Al entrar los cazadores dejaron escapar un grito de admiración y de sorpresa arrancado por la presencia del ama de la casa, jóven de veinte años, que estaba sentada en el fondo de la sala baja ocupándose de la prosaica tarea de hacer media. Después de recibir á los viajeros con una gracia encantadora, los dejó solos un instante para ir en busca de los refrescos que habían pedido.

Gonzalo dió rienda suelta á su entusiasmo.

—Es una perla de Oriente, exclamó, perdida entre la bruma de estas montañas.

Margarita, en efecto, era un tipo de incomparable hermosura. Su abundante cabellera negra, ligeramente ondulada, parecía una corona brillante de azabache; á través de su tez pálida y morena se adivinaba en sus venas el fuego de las pasiones contenidas; sus ojos, negros también, eran de esos ojos que alumbran y no queman, que fulguran y no lastiman; los hombros, los brazos y las manos recordaban el cincel sublime de Canova, y su boca de ángel, alegrada por una sonrisa, era una de esas bocas cuyo molde debió Dios romper después de concluir obra tan perfecta.

—Esta mujer es adorable, exclamó Alberto, y voy á poner sitio á la plaza.

—Yo, repuso el otro cazador, me he enamorado como un loco.

—Alto allá, compañero; ese grano de oro lo hemos encontrado en mi país, y por consiguiente me pertenece por derecho de paisanaje.

—Y á mí me pertenecerá por el de conquista, replicó Gonzalo. Desde que entramos no ha cesado de mirarme.

—¡Fatuo! lo que miraba es el clavel que llevas en el ojal.

La entrada de Margarita interrumpió la disputa. Gonzalo se apresuró á ofrecerle la flor que llevaba consigo, y Alberto una zarzosa que había cogido en el camino.

La joven, con una hechicera sonrisa, contemplaba las flores sin decidirse, vacilando, como debió vacilar París, el árbitro elegido por tres diosas. Al fin tomó la zarzosa, y Alberto principiaba á envanecerse con su triunfo, cuando la linda muchacha dijo volviéndose al otro cazador:

—Si he preferido la rosa, es porque adoro las flores campesinas; pero no por eso desdeño ese hermoso clavel.

Y tomándolo con su mano inverosímil, lo prendió en el cabello, colocándose la zarzosa en el pecho junto al corazón.

Los jóvenes salieron del *Venado Blanco* atribuyéndose la victoria, trastornados por la belleza de Margarita, y lo que es más grave aún, convertidos en cazadores furtivos, resueltos á saltar vallas y cercados, y á merodear en terreno prohibido. No se hubieran forjado tales ilusiones de haber visto la burlona sonrisa con que los contemplaba por la ventana la dueña y señora de sus locos pensamientos.

Algunos días después Alberto y Gonzalo llegaban por distinto camino á la casa del *Venado Blanco*, obedeciendo ambos á una cita que habían recibido en respuesta á sus dos solicitudes.

Margarita introdujo en el interior á los dos rivales, y tomando de la mano á un tagarote no mal parecido que allí estaba, les dijo:

—Van ustedes á asistir á la cena de esponsales que doy esta noche, porque dentro de tres semanas me caso con este joven primo mío. Presento á V. mi futuro esposo.

Alberto y Gonzalo se quedaron con la boca abierta sin saber qué decir ni qué postura tomar. El castillo de naipes que habían construido con tanta precipitación vino al suelo en un minuto al soplo del desengaño.

La joven y el tal primito los miraban con burlona sonrisa, adivinando lo que en aquel instante pasaba por la imaginación de ambos.

Alberto fué el primero que pudo recobrar el uso de la palabra.

—Hemos sido culpables, exclamó, y para alcanzar el perdón de nuestra falta y de nuestra ligereza, sufríremos con gusto el castigo. ¿Qué penitencia se nos va á imponer?

—La de asistir como testigos á mi casamiento.

—Convenido, y vivan las glorias del himeneo.

La paz quedó ajustada y la cena fué todo lo alegre posible, ménos para Gonzalo, cuyo ceño no se desarrugó en toda la noche.

—¡Qué le hemos de hacer! le decía Alberto al día siguiente; quisimos cazar furtivamente, á la carrera, y en coto vedado, una pieza hermosísima que llenaba nuestros deseos; y como estos lances tienen muchas quiebras, hemos tropezado con un guarda campestre que nos ha

hecho recordar el cumplimiento de la ley. Yo me alegro, por supuesto, del imprevisto desenlace, porque este asunto hubiera turbado nuestras relaciones de amistad y de cariño. Se saca más partido de cazar aves que de cazar morenas, y renuncio á la empresa. Creo que imitarás mi ejemplo, y no te desanimes tan pronto al primer contra-tiempo. En cuestión de faldas, acuérdate siempre de aquel axioma que dice: *Un clavo saca otro clavo*; ó si no, del adagio inventado sin duda por los doctrinarios de la Monarquía: *Á Rey muerto, otro al puesto*.

F. C.

EL MES DE AGOSTO.

(Véase la lámina de la página 176.)

Razon tenía el poeta que al tender la vista por la campiña en el mes de Agosto prorumpió en el *consumatum est* de la Pasión cristiana.

Todo se ha consumado en efecto. Las hojas de los árboles comienzan á mostrar esa palidez amarillenta que es la enfermedad precursora de la caída, y por consiguiente, de la muerte; la hierba de las praderas donde ya no brota ninguna nueva planta, sirve de caloroso escondite á las cigarras y á los grillos, que esperan las sombras de la noche para empezar sus monótonos cantos; la obra sublime del amor universal ha llegado á su término, y los nidos secos, abandonados y medio destruidos, nos revelan que las aves, vestidas ya con su plumaje de camino, ensayan por los aires las fuerzas que reclama el largo viaje que han de hacer, emprendiendo sus emigraciones anuales. Las montañas no dan ya su contingente de nieve derretida, y los arroyos, evaporados como un sueño, tristes porque se aproximan á su fin, no corren bulliciosamente como en Mayo, brillando con chispas de plata los guijos de la ribera. Los frutales inclinan sus ramas hácia el suelo, cual si quisieran facilitar al hombre el trabajo de coger los sonrosados melocotones de aterciopelada piel, parecida á la del rostro de una vírgen; las granadas que guardan sus apiñados frutos, lo mismo que guarda un estuche su aderezo de granates ó de rubíes; los higos, que dejan escapar sus exquisitas mieles; la almendra, que entreabre su pudorosa envoltura, ó las manzanas que muestran sus preciosos colores á través del verde mate de sus pequeñas hojas.

Todo se ha consumado, repetimos, en el mundo de la vegetación. Las gavillas amontonadas en la era aguardan la operación que ha de llevarlas desde la espiga al saco, y desde el saco al granero. El trigo, la avena, la cebada, el lino y el cáñamo, de pie tanto tiempo, y tanto tiempo viviendo bajo la amenaza de los caprichos de la intemperie, reposan al fin en el suelo, cortados por la hoz de los sufridos segadores.

Agosto es el mes en que el labrador cobra los réditos de ese capital representado por afanes del alma y sudor del rostro, é impuesto en manos del Bienhechor sublime que da de intereses el ciento por uno; el mes en que recibe el premio de sus fatigas y penalidades aquel que hace sus provisiones para el cuerpo y las provisiones para el porvenir. Los graneros encierran el pan, y los desvanes la fruta, que se orea ántes de secarse, porque la Naturaleza, pródiga y rica en sus múltiples producciones, está próxima á cerrar los ojos, como si fuese á exhalar el último aliento. Pero no va mas que á dormir el sueño del invierno, renaciendo luego con igual potencia y lozanía al recibir las primeras caricias de las auras primaverales. Nosotros somos los que nos agostamos más cada año, sin que reverdezan los campos de nuestras ilusiones, y quienes al bajar los párpados una vez, bajo la fría pesadumbre de la muerte, no volvemos á retoñar en la tierra como las plantas, ni á ocupar nuestros nidos como las errantes golondrinas, ni á fructificar como los árboles, que reconcentran una savia que no se extingue bajo el blanco sudario con que la nieve envuelve las ramas y la corteza de su rústico tronco.

De las pocas cosechas otoñales que quedan pendientes, la de las uvas es la más importante; el sol de Agosto con su lumbré madura esos racimos que parecen grupos de perlas blancas y negras, á que sirven de concha los pámpanos puntiagudos con que tejían sus coronas las bacan-

tes de los tiempos mitológicos. En el próximo Setiembre empieza la alegre faena de la vendimia, y el viticultor inteligente da hoy una labor ligera á sus viñas, refrescando así la superficie de la tierra, miéntras allana las pozas y destruye al paso las malas hierbas, continuando el des-punte y el deshoje para ir asoleando los racimos. El repaso de cestas, portaderas, pisadoras y prensas es de rigor, para que todo esté á punto el día en que entran á funcionar los lagares, con gran contentamiento de los mosquitos, que son unos solemnes borrachones.

La delicada fragancia del heliotropo, de la balsamina y de la dama de noche se esparce en los vientos, como si quisiese perfumar la fiesta capital de este mes, que es la Asunción de María, cuyo glorioso Tránsito no quieren dejar de ver las dalias, saliendo á millares con sus variados colores y sus hojas acanutadas, para que no les suceda lo que aconteció al apóstol Tomás. Una vez coronada la Virgen en el cielo, siembran los jardineros en Agosto los pensamientos, la reseda, los guisantes de olor y las anémonas, para que tenga flores todo el año la imagen bendita de Nuestra Señora.

Terminada la cosecha de avellanas, se descubren, para dar color y sabor, las frutas que estén muy cubiertas de hoja, ingertándose de escudete los almendros y los albaricqueros, según el estado de la savia, siendo además la época más favorable para trasplantar los árboles resinosos, y arreglar los fresales con que nos hemos de regalar en el año próximo. Las zanahorias de invierno, los rábanos, las espinacas y las achicorias están ya bajo la frescura de la tierra, y cuando apenas asome alguna que otra planta con señales de vida, estas previsoras hortalizas habrán tomado á las demas la delantera, trayéndonos las primicias de los trabajos hortícolas.

«Agosto, frío en rostro», dice el proverbio, y el calor en efecto va ya de capa caída. Las playas de nuestro extenso litoral empiezan á despoblarse desde el 15 del mes en adelante, dejando al mar en el eterno movimiento de sus olas, después de haber fortificado y recibido con halago, lo mismo á la zancuda pantorrilla de un individuo del sexo feo, que á la torneada y blanca pierna de la doncella de veinte aúres, ó á los sedosos cabellos de un angelito de cinco años. Decía Víctor Hugo, en un arranque de amoroso entusiasmo: «Quisiera ser el agua de tu baño para besar todo tu cuerpo de un solo beso.» Pensamiento tan lúbrico como sublime, y que se nos ha ocurrido mil veces, envidiando las aguas del mar al contemplar en Deva, en Zarauz ó en el Cabañal de Valencia los tesoros de hermosura y de morbidez de contornos, que iban á confiar de repente sus misteriosos encantos á las tranquilas ondas del Mediterráneo ó á las agitadas y espumosas del Cantábrico.

Muy pocos son los días que nos quedan á los cazadores de poner freno á nuestra ardorosa impaciencia. El día primero del mes próximo cesa el precepto legal de la Veda y podremos entregarnos al deleite que es una parte integrante de nuestra vida. El monte nos aguarda con sus madrigueras repletas de conejos, y sus fragosidades con bandadas de ariscas perdices: á los frescos aguaderos irémos en busca de chochas y becacas, y en los surcos endurecidos por el aire abrasador de la canícula y amarilleados por los rastrojos, rastrearémos las aligeras liebres; si no subimos á las sierra, donde nos aguardan en piaras los cebados jabalíes y nos desafían con sus bramidos los celosos venados persiguiendo á sus enamoradas ciervas.

Preparémonos á salir á campaña después de revistar las armas y pertrechos, y la pieza que Dios nos depare, que San Eustaquio nos la bendiga.

Ya se comprende que hablamos desde la coronada Villa del Madroño, donde, así como en todo el Norte de España, comprende la Veda desde el día 1.º de Marzo hasta el 1.º de Setiembre, en tanto que en el Mediodía se cuenta desde el 15 de Febrero hasta el 15 de Agosto.

Pero la ley de Caza, que previene eso en su art. 17, nos concede en el mismo una especie de ensayo ántes de cerrarse la Veda, diciendo: «Las palomas, tórtolas y codornices podrán cazarse desde 1.º de Agosto en aquellos predios en que se encuentren levantadas las cosechas.» Por consiguiente, ya en estos momentos estarán nuestros camaradas ensayando sus escopetas contra esas aladas viajeras, y afinando su puntería para el día de la apertura



CAZA DE MORENAS Y DESENGAÑO DE CAZADORES FURTIVOS.

general de la caza, el 16 de Agosto en el Mediodía, y el 1.º de Setiembre en el Norte de España.

F. C.

PERROS DE CAZA.

El perro de caza es para el cazador lo que la brújula para el navegante: le es indispensable, considerado como instrumento que le marca el derrotero que debe seguir; pero también el perro es un fiel compañero del hombre; es más, es su amigo y su complemento.

¿Qué cazador no considera al perro como parte integrante de su ser durante una cacería? El cazador depende de él en todos los trances que tienen lugar desde que sale de su domicilio. Y ciertamente que es digno de merecer la completa atención y confianza de su dueño; pues con una inteligencia y un interés extraños en otros animales, se dedica á compartir los placeres, las fatigas, el hambre y la sed de quien le conduce.

Cada género de caza requiere un perro *ad hoc*, á pesar de que en España, por lo general, se tienen perros que sirven para todo, lo cual hace que en este país haya pocos, muy pocos perros *firmeros*, es decir, seguros. Aquí se emplea indistintamente el podenco para la caza de reses, como para caza menor de pelo y para la volatería. Lo mismo sucede con el pacho que con todo linaje de perros, sin atender á que no todos son de buenas condiciones para el uso á que se les dedica.

De aquí resulta que los perros cazan sólo con el instinto y con ninguna ó muy poca escuela; y como el cazador tiene pocas exigencias respecto á la inteligencia, y sí muchas respecto al trabajo del perro, vemos pocos que sean *firmeros*.

Ciertamente que para estar bien provisto de perros, el cazador que se dedique á todos los géneros de caza necesita muchos, lo cual hace que su diversion favorita le cueste muy cara; y sobre todo, al cazador habitante de las grandes poblaciones no le es posible tener el número necesario de perros, porque en ellas se carece de corrales ó cuadras, indispensables al buen sostenimiento de estos animales. Pero el cazador que puede disponer de estas comodidades, ó que los tenga en el campo, necesita por lo menos un perro *pachon* ó *perdiguero*, ó un *pointer*, para la caza de volatería; un perro *bracke* ó *pachon* de patas torcidas (*chien basset*) para rececho de liebres y reses, y, por último, un perro de sangre ó *cofrador* de reses, enseñado á no seguir más huella que la de reses heridas, destinado para las grandes monterías. Este perro no debe tener otro servicio, con el fin de que se tenga la seguridad de estar herida una res cuya huella sigue.

Estos son por lo menos los perros que debe tener un cazador que quiere cazar en buenas condiciones y según arte.

Cuanto mejor enseñado está un perro, tanto mayor es el número de piezas que se cobran, aparte del placer que proporciona al cazador ver trabajar á un perro maestro; y con objeto de que nuestros lectores puedan proporcionarse por sí mismos este placer, vamos á iniciarles en la manera de sacar buenos perros ó perros bien enseñados.

Instrucción del perro de volatería ó perdiguero.—Ante todo, el perro que se quiera adiestrar debe ser de raza conocida, de buenos padres, que hayan demostrado sus buenas cualidades para la caza, y que, además de sus buenas disposiciones para la enseñanza, tengan buena figura y robustez. Obtenido un cachorro de buenas condiciones, se puede proceder á la enseñanza al año justo de edad, nunca antes, porque los cachorros demasiado jóvenes toman la enseñanza á juego, y se ve el instructor obligado á recurrir al castigo violento. Al año, el perro se hace más sentado y comprende lo que se le exige, y por consiguiente, corresponde á nuestras lecciones.

Antes de entrar en el modo de enseñar al perro perdiguero, indicaré lo que un buen cazador tiene derecho á exigir de un perro que obtenga el calificativo de *firme*:

- 1.º Debe ser obediente en absoluto.
- 2.º Ser activo y buscar con los vientos levantados, buscar por alto sin detenerse con exceso.
- 3.º Debe hacer muestra tan pronto como tome vientos

de cualquier pieza, y esperar á que su dueño le mande entrar para levantarla.

4.º Debe, estando de muestra ante una pieza, acudir al momento que su amo le llame, y volver á la pieza cuando éste lo exija.

5.º No debe perseguir á las piezas de pluma que vuelen sobre él, y á las liebres, solamente mientras su amo lo consienta; pero debe acudir al primer silbido de éste.

6.º Debe buscar las piezas muertas ó heridas y traerlas sin desplumarlas ni maltratarlas, ya sea en el campo ó en el agua.

Cazar por alto y con codicia, así como hacer muestras, son cosas instintivas en los perros perdigueros; lo demás es obra de la enseñanza que el hombre les da. Antes de dar principio á ellas se debe sacar al cachorro unos días al campo para ver cómo se presenta y qué conducta observa ante la caza, pero cuidando de evitar en lo posible que se detenga con los pajarillos. Si toma viento de perdiz, codorniz ó liebre, se *repropia*, hace muestra y toma los vientos con afán, demostrando así afición á cazar, se puede ya con completa confianza empezar la educación ó aprendizaje en casa, que constituye la parte teórica, para más tarde enseñarle la parte práctica en el campo.

La mejor época para dar principio á la educación teórica es en la primavera; y terminada en este espacio de tiempo, está dispuesto á continuar la instrucción práctica al paso de las codornices y becadas. También es tiempo hábil por los meses de Julio y Agosto; y toda vez que en 1.º de Setiembre se abre la caza, puede sin interrupción continuar la instrucción en el campo.

El procedimiento que se debe seguir con un cachorro es el siguiente: instálese al perro en una habitación seca y limpia, si no se tiene cuadra, procurando el que le ha de instruir ser él mismo el que le cuide y alimente, evitando todo contacto del neófito con otras personas ni perros, y tenerle atado con una cadena. Después de ocho días de reclusión el instructor le sacará por la mañana sujeto, con una trailla de amaestrar, y le conducirá á un local bastante espacioso, dando principio al trabajo con la voz de *atras*, enseñándole así á seguir al cazador á su costado izquierdo. Conseguido esto, se separa unos pasos del perro, y se le manda: *aquí*. Si no obedece, se le da un pequeño tirón con la trailla, lo que produce una estrechez del collar de instrucción, que debe ser de cuerda con nudos. Si tampoco atiende á esta insinuación, se tira de la trailla hácia sí, hasta conseguir que el perro llegue al pie del instructor, quien le acariciará para que el perro sepa lo que de él se exige. Repetido con frecuencia este procedimiento de halagos y castigo, se obtendrá pronto resultado.

Debo hacer una advertencia á mis lectores, y es: que para amaestrar á un perro se necesita *paciencia*, *paciencia* y *más paciencia*, y el destierro absoluto del látigo ó palo, porque el perro que ha sido fuertemente castigado, nunca será bueno, pues debe obedecer por amor y por convicción, y nunca por miedo.

Personas de carácter bilioso son las menos á propósito para sacar perros amaestrados.

Conseguido el resultado de esta lección, que durará una hora por la mañana y otra por la tarde, se dará al aprendiz un trozo de pan y se le conducirá á la cadena. Al siguiente día se repetirá la lección del anterior, se le enseñará algo nuevo, á saber: se prueba á que el perro se eche al suelo, de modo que la cabeza se coloque sobre las patas anteriores, reposando el cuerpo sobre el pecho y vientre, á la voz de *alto*, ayudado por el instructor. En esta posición se le manda *aquí*, y se le obliga á acercarse á su dueño arrastrándose. Esto se repite hasta que el perro responda exactamente á lo que se le manda sin titubear. Si estas lecciones no fuesen suficientes, se repetirá los días siguientes hasta que el perro quede *firme* en ellas.

Siempre que el aprendiz haya terminado un ejercicio, se le debe acariciar y mostrarse satisfecho de su conducta.

Firme en estas lecciones, se procede á enseñarle á *traer*, que es lo más difícil, y por cuya razón conviene que sea lo último que aprenda de la parte teórica, para que lo aprenda con más facilidad después de haberle iniciado en las reglas de la obediencia.

Á ejemplo de los cazadores alemanes, he empleado siempre para enseñar á los perros á *traer*, un caballete de madera, en lugar de la piel de liebre ó conejo ó de una pieza muerta, como generalmente se emplea en España, porque tiene la ventaja de que desde luego se acostumbre el perro á ser suave de boca. Todo perro joven es, en general, vehemente y tiende á morder las piezas, que quedan de mal ver y no siempre presentables; además se vician y acostumbran á esta mala maña, y cuesta mucho desarraigarla. Si muerden el caballete, como la madera es dura se resienten de los dientes, y tratan de evitar el dolor, acostumbrándose á cogerlo con suavidad; y cuando están en disposición de salir al campo, tienen ya bien aprendida la manera de *traer*, y es raro el perro que maltrata una pieza.

Sujeto el perro con la trailla y próximo al instructor, éste le acerca el caballete al hocico á la voz de *cógelo*, oprimiéndole con él en los dientes hasta que abra la boca y lo coja, quedando colocado detrás de los dientes caninos, sujetándole ligeramente el hocico, y diciéndole: *bien, Héctor*, ó como se llame, permaneciendo así como cosa de un minuto, al cabo del cual, y al decirle *suelta*, se lo quitará. Esto se repetirá con frecuencia en cada lección hasta que lo practique con seguridad. Llegado á este punto, se le mandará hacer *alto*, y colocándole el caballete delante del hocico, se le dirá: *cógelo, ó trae*. Si lo coge, se le dice: *trae aquí*, y empujándole suavemente, se le dirá: *siéntate*, y levantándole la cabeza, se le quitará el caballete, acariciándole. Poco á poco se le colocará el caballete á mayor distancia y se le mandará *traer*, empleando siempre las mismas voces; y verificado esto, se le hará sentar para que entregue lo que trae.

Al cabo de quince días empleados en estas lecciones, se procederá á hacer que traiga trozos de leña de varios tamaños, huesos, líos de plumas ó pelos, piedras, metal, aves de rapiña y todo lo que se quiera, hasta vencer sus escrúpulos. Si se resistiere á traer cualquiera de estos objetos, se le pondrá un collar de fuerza para castigarle. Cuando esté *firme* en *costrar* y *traer* se le enseñará á hacer lo mismo con un pellejo de liebre ó conejo relleno de heno ó estopa y con algunas piedras, mandándole echarse á la voz de *alto*, y mandándole *costrar* y *traer* cada vez á mayor distancia. Para que el perro se acostumbre á abandonar las piezas de quienes dé muestra á la voz de su amo, se le colocará el pellejo relleno á cierta distancia y se le mandará avanzar algunos pasos; acto seguido se le mandará echarse, y por último se le llamará á la voz de *aquí*. Deténgase al perro uno ó dos minutos, al cabo de los cuales se le hará avanzar hácia el maniquí de liebre ó perdiz, y se volverá á llamar varias veces; por último, se mandará *traer* á la voz de *trae*. Esta operación se repetirá todos los días por mañana y tarde, sujeto á la trailla primeramente, y luego sin ella, pero siempre en la habitación ó á cubierto y sin testigos. No se tomará la pieza de caza al perro sin hacerle antes que se siente. Sólo en esta posición se le tomarán las piezas que cobre.

Si en el curso de la enseñanza mostrase el perro inclinación á la defensa, ó se hiciese agresivo, el instructor tendrá cuidado de pasar la trailla por un anillo de hierro, clavado de antemano en el centro de la habitación, con el objeto de castigarle y hacerle inofensivo tirando de ella. Este anillo se emplea sólo en último extremo.

Terminada la instrucción á cubierto, que en perros *suaues* dura tres ó cuatro semanas, y en los *fuertes* cinco ó seis, debe inmediatamente procederse á la enseñanza práctica ó de campo. En ésta debe aprender:

- 1.º Á marchar al lado izquierdo del cazador, con el hocico cerca de la pierna; y si se le ata en alguna parte, permanecer allí con quietud hasta que vayan por él.
- 2.º Á *costrar* las piezas del agua.
- 3.º Á buscar lo perdido y cobrarlo.
- 4.º Á cazar corto y no dejarle hacer muestra á los pájaros ni ratones.
- 5.º Á hacer muestra en firme á la caza y retirarse á la voz ó al silbido.
- 6.º Á no correr detrás de la volatería que esté en el aire, ni perseguir liebres ni conejos más tiempo que el que le permita el cazador.

Toda vez que el perro ha recibido la instrucción en casa, y por ella está acostumbrado á seguir á su amo de-

tras de su costado izquierdo, lo mismo hará al salir al campo. Para enseñarle á permanecer solo y con quietud se procederá á sujetarle con una cadena forrada de tela á cualquier arbusto, y dejando el cazador un objeto suyo á su lado para que le consuele, le mandará echarse y se retirará algunos pasos; permanecerá así algunos minutos, y se retirará cada vez más, pero siempre á la vista. Si el perro se impacienta, debe regresar á él y reñirle; si esto no bastare, castíguele con suavidad y vuelva á separarse. Despues, ocúltese de modo que no le vea ni le tenga en viento, y así se consigue que el perro permanezca horas enteras sin inquietarse por su amo. La cadena forrada de lienzo tiene por objeto que el perro se desengañe si intenta cortar la trailla para reunirse á su dueño.

Á cobrar en el agua se enseña con facilidad, empleando el siguiente procedimiento:

Condúzcase al perro sujeto con la trailla á la orilla de un rio, estanque ó charca de pendiente suave; hágasele entrar y arrójesele á corta distancia un trozo de leña, diciéndole: *tráelo*. Si lo cobra, se le alaba y acaricia y se le arroja más lejos, hasta que se vea obligado á nadar; si no quiere *cobrar*, tiene el cazador que introducirse en el agua y castigarle como si estuviese en la habitacion, y continuar hasta que consiga su objeto.

Todo el mundo sabe cómo se enseña al perro á buscar los objetos perdidos ó escondidos, y por esta razon omito el procedimiento.

Para *cazar corto* cuidará el cazador de llevar el perro á unos veinte pasos de distancia, á lo sumo á cuarenta, y que cace con la atencion fija en el cazador. Si quisiera separarse más, con un tirón de la trailla será suficiente para que pare. El instructor deberá mandarle que se eche y no avance sin su orden. Si fijase su atencion en las alondras, ratones, etc., ó se pusiere á escarbar, se le debe gritar: *quita*, y al mismo tiempo castigarle con dulzura.

Hacer *muestra* es instintivo en esta raza de perros, y sólo á algunos hay que enseñarles á *mantenerla*, es decir, á permanecer en esta posicion hasta tanto que tenga tiempo el cazador de llegar á tiro, y esto no es raro en los cachorros, aún en los de buena raza. Para conseguir que un perro *aguante* largo tiempo se le conduce con la trailla (que para estos casos tendrá 10 metros de longitud) á sitio donde hubiere perdices *apareadas* ó perdigones. Se le manda cazar, diciéndole: *busca*, llevándole *bajo viento*, ó á viento favorable, observando cómo se conduce. Si toma rastro de alondras ú otros pájaros, se le reprende, diciéndole: *quita*. Si rastrea perdices ó liebres (lo que es fácil de conocer por mostrarse más *codicioso* de la *pista*), se le acorta la trailla y se le manda echarse, luego avanzar, hasta que se *pára* y haga la *muestra* en *firme*. En esta postura se le acorta la trailla, y estando junto á él se le acaricia, diciéndole: *alto, cuidado*, repitiéndole esta voz varias veces. Trascorridos tres ó cuatro minutos se trata de levantar las perdices, tapando ántes con la mano los ojos al perro, á quien se castigará con un tirón del collar, si intenta seguirlas. De este modo se procederá repetidas veces, unas con perdices, otras con liebres, procurando que cada vez *aguante* más tiempo, hasta conseguir tenerle diez ó quince minutos, aunque la *caza* se *corra*. Cuando el perro esté bien instruido en este ejercicio y acuda solícito á la llamada del cazador, se le debe matar una pieza parada y hacérsela traer. Si responde bien á lo que se le manda, se le *quita incontinenti* la trailla, y se ensaya si obedece bien á lo que se le manda. El perro en libertad debe cazar *corto*, con objeto de poderle reprender si se descompone ó desmanda. Estando de *muestra*, se le cogerá del collar para impedir que siga á la pieza al saltar de su *encamo*; si lo intentare, se le castigará, repitiéndole la voz *quita*, teniendo en cuenta el grado de susceptibilidad del perro que se trabaja, pero nunca con palo, ni con el pié, ni tirándole de las orejas.

Los perros, cuando son muy vivos de carácter, se aficionan á morder la *caza* cuando la traen y á correr tras las liebres.

El primer defecto se corrige poniendo dentro del pellejo relleno de una liebre ó conejo algunos alambres cruzados, con objeto de que al morder se los clave y mitigue su vehemencia.

El segundo es más difícil de corregir, y hay perros que no pierden jamas este vicio, si no se recurre á un medio

extremo de vida ó muerte. Uno tuve en la Mancha, un excelente *épagneul*, apto en extremo y muy aficionado á cazar, pero que se vició en correr liebres, y me obligó á no tirarle ni una sola por espacio de tres meses. Él las corría, y muchas veces estuve á punto de perder la paciencia; pero mi tenacidad se impuso á su pasión: viendo que no le mataba la pieza que tantas carreras le costaba, y en cambio le castigaba á su regreso, cedió por completo. No obstante, temia que volviese á su vicio á la primera liebre que le tirara; pero no fué así felizmente.

Para perros que no pierden este defecto hay quienes aplican el remedio, en el acto de perseguir la liebre, de descerrajarle un tiro con mostacilla en la parte posterior del cuerpo. Este remedio es desesperado, y si suele dar buen resultado, á veces sucede que el perro se asusta de tal manera, que en lo sucesivo no sigue ni á las heridas que se quisieren *cobrar*; tan malo es lo uno como lo otro. Algunos emplean el látigo; pero me faltan palabras para encarecer que no se recurra á este medio: el perro muy castigado se *descompone* totalmente y no hará nada de provecho; preferible es que cambie de mano, pues es posible que volviendo á la instruccion desde su principio con una persona de carácter más suave, mejore sus condiciones.

Para terminar la instruccion del perro perdiguero, debo advertir que es conveniente observar las reglas siguientes:

1.º No se permita, cuando se caza con un perro joven, que se separe del cazador, mientras *busca*, á mayor distancia de 40 ó 50 pasos; pero es preferible que vaya de 15 á 25 pasos para poderle vigilar mejor.

2.º No se consienta que los perros jóvenes cacen en compañía de otros; la envidia les hace ser imprudentes y atropellados.

3.º No deben prestarse para cazar los perros que no sean *firmes*.

4.º Ninguna mala maña debe quedar sin correctivo; en cambio debe siempre alabársele cuando trabaje bien.

5.º No se le deben matar las piezas que levante sin orden del cazador.

Un perro *firme* es una joya inapreciable para el cazador de *caza menor*, y vale la pena el trabajo que se toma en el tiempo del aprendizaje.

Las dimensiones de este artículo nos privan de fijar las reglas que se deben seguir para la enseñanza del perro de *recebo* á reses y del *perro de sangre* ó *cobrador de reses*. Ya nos ocuparemos de ellos en otros números.

TORRE AYLLON.

GACETILLA.

APERTURA DE LA CAZA EN VARIAS PROVINCIAS.—Desde el día 16 de Agosto se levanta la Veda y queda abierto el período de caza en las provincias de Albacete, Alicante, Almería, Badajoz, Barcelona, Cáceres, Cádiz, Castellón, Ciudad-Real, Córdoba, Cuenca, Gerona, Granada, Guadalajara, Huelva, Jaén, Lérida, Málaga, Murcia, Sevilla, Tarragona, Teruel, Toledo, Valencia y Zaragoza, incluidas las islas Baleares y las Canarias.

Felicitemos á nuestros camaradas de esas provincias porque van á entrar en el período general en que pueden dedicarse á toda clase de caza, mientras los que habitamos en ésta y en las demas provincias no citadas más arriba, nos preparamos á gozar de iguales beneficios desde el día 1.º de Setiembre, que es cuando para nosotros se levanta la Veda.

HIDALGUÍA CATALANA.—Nuestro querido é ilustrado colega barcelonés, el *Boletín de la Asociación de aficionados á la caza y pesca de Cataluña*, escribe en su último número lo que sigue:

«Suplicamos muy especialmente á todos los sindicatos de las asociaciones creadas, y que se vayan creando, se suscriban al acreditado periódico LA ILUSTRACION VENATORIA, por ser indispensable á los que se dediquen al arte cinegético para servirles de guía, y al mismo tiempo ilustrarles en cuanto á la caza se refiere.»

Como si no bastara por sí solo el periódico catalan para llenar todos los deseos del cazador más exigente, y mucho más cuando cuenta entre sus dignísimos redactores á literatos tan distinguidos como los señores D. Joaquín Badía y Andreu y D. Andres Guerra, cuyos escritos son muy conocidos de nuestros lectores, nos honran con ese rasgo de generosidad, que no aceptamos más que en el concepto de haber sido los primeros en levantar el ador-

mido entusiasmo de nuestros camaradas, para realzar nuestra afición, y para defender los fueros de la ley en beneficio de la sociedad y de los cazadores de buena fe.

Reciban por ello nuestros nobles é ilustrados compañeros un testimonio público y solemne de nuestro profundo agradecimiento y cordialísima estimación.

ASOCIACION DE AFICIONADOS Á LA CAZA Y PESCA DE CATALUÑA.—Esta Sociedad ha cambiado su título de *Asociación de Barcelona* por el de *Cataluña*, en razon á su extensión por las provincias del Principado.

También ha reformado su Junta de Sindicato, quedando de Presidente D. Joaquín Badía y Andreu, y nombrando primer Vicepresidente á D. Andres Guerra, segundo á D. Baltasar de Bacardí y de Casanovas, Vicetesorero á D. Eduardo Coll y Villá, y vocales á D. Juan Campmany y á D. Luis de Desvalls.

SOCIEDAD DE CAZADORES DE AVILA.—En la patria de Santa Teresa de Jesus tratan de asociarse los hijos de San Eustaquio, á imitación de los cazadores de otras provincias. Felicitemos á nuestros camaradas avilenses.

SOCIEDAD DE CAZADORES DE REUS.—Celebramos el pensamiento que están realizando nuestros camaradas de Reus; pues para estimular el cumplimiento de la ley, han tomado los siguientes acuerdos: 1.º Gratificar con 10 reales al que salve un nido de perdices ó una cría de conejos, é igualmente al que mate una zorra y la presente á la Asociación. 2.º Premiar con 20 reales al que junto con otro denuncié y justifique cualquier infracción cometida en el campo, y además, entregar 4 reales, despues de haber recaído sentencia ejecutoria, á los denunciantes, lo cual tendrán de *plus* además de lo que por ley les corresponde.

UN MAESTRO DE ESCUELA MODELO.—Recomendamos al Gobierno que mande pagar los atrasos que tenga al digno maestro de escuela de Montroig, que bien lo merece quien tanto provecho saca de sus discípulos enseñándoles á respetar los nidos de las aves protegidas por la ley, ejemplo que debían imitar las autoridades en todos los pueblos. Dice así nuestro colega de caza, el *Boletín de Barcelona*:

«El ilustrado maestro de la escuela pública de Montroig, provincia de Tarragona, Tesorero del Sindicato de la Asociación *La Protectora de la Caza*, constituida en dicha villa, ha logrado que los alumnos de su establecimiento se abstengan de destruir los nidos de las aves, principalmente los de las notoriamente reconocidas como útiles á la Agricultura, valiéndose para ello de frecuentes conferencias, en que procura herir el sentimiento de sus tiernos educandos en favor de tan útiles como indefensos animales, presentándoles repetidos ejemplos, con acierto escogidos, y bien combinadas anécdotas, con las cuales se hace resaltar la conveniencia y hasta la necesidad de que se multipliquen los seres que Dios, en su infinita sabiduría, nos ha proporcionado, para defendernos á todas horas de los ataques del diluvio de bichos que destruyen gran parte de los frutos de nuestros sudores, ó hacen á veces estériles ó imaginarios los esfuerzos empleados por generaciones enteras para mejorar su posicion y bienestar.»

«¡Ojalá que D. Narciso Dalmau, que es el profesor aludido, encontrara imitadores entre sus celosos é inteligentes compañeros de profesion; pues bien sabido es que con tan poderosos auxiliares otra sería, en tiempo no lejano, la suerte de nuestra arruinada agricultura!»

«Recomendamos tan útil como digno proceder á los individuos de su clase.»

PROTECCION Á LAS PALOMAS VIAJERAS.—Segun publican los diarios de Alemania, el Gobierno prusiano, en interes de sus establecimientos militares, se está ocupando en la redaccion de una ley que proteja la seguridad de las palomas viajeras.

Parece que en ella se establecerán las penas más severas contra las personas cogidas en flagrante delito de haber tirado contra una de estas aves.

NIÑO ZORRO.—Nos hallamos á los postres de una comida de familia.

—Juanito, dinos la fábula de *El Zorro y el Cuervo*. Juanito da muestras bien claras de que no le gusta mucho la proposición; pero todos insisten en coro.

Entonces dice con tono resuelto:

—Bien, referiré sólo ahora la del Zorro, porque tengo mucho sueño.

FAISAN CRUDO.—En los jardines del Retiro un niño,

al ver un faisán que corre hacia él para pedirle de comer, se acurruca asustado entre las piernas de su padre.

—¡Cómo!—le dice éste—¿tienes miedo de un faisán... y te comiste uno ayer?

—Sí, es verdad, contesta el niño, pero éste no parece que está bastante cocido.

NÚTRIA DOMÉSTICA.—Según M. Chatin, autor del *Manual del joven cazador con perro*, en el valle de la Somme existe en la actualidad una nutria que ha sido amantada por una perra de caza.

Esta sigue á todas partes á la que le ha servido de madre, hasta á los estanques, sin separarse ni un momento de su lado durante las horas de caza y volviendo con ella despues á la granja en que habita su nodriza, como si fuera un animal doméstico.

CABALLO ANDADOR.—A consecuencia de una apuesta, sobre cuyos resultados estaban las opiniones muy divididas, según cuenta *El Phare*, de París, un caballo perteneciente á M. Kerneur, hijo, y guiado por él mismo, uncido á un *tilbury* ligero y ocupado por dos personas de buen peso, ha efectuado el trayecto de 100 kilómetros, de un tirón, en cinco horas cuarenta y nueve minutos. Se ha estimado que sólo ha empleado en las tres paradas que ha hecho para descansar y refrescar la boca del caballo, de unos ocho á diez minutos. Igualmente se observó que el conductor tenía la precaución de hacerle subir todas las cuestas al paso.

Según la apuesta, el trayecto debía efectuarse en seis horas, habiendo quedado recorrido en once minutos menos.

El vencedor es un caballo castrado, de cinco años, un metro cincuenta y siete centímetros de alzada, gris, criado en las cercanías de Nántes, de padres importados de Irlanda.

La prueba se efectuó desde las tres á las nueve de la tarde, con tiempo seco.

El animal no tuvo necesidad de excitación alguna durante el trayecto; á su llegada andaba aún al parecer sin cansancio alguno, con un paso de tres minutos diez segundos por kilómetro.

PROTECCION Á LOS PÁJAROS.—Un estudio de Monsieur Noury ha demostrado cuán sensible y doloroso es ver en esta época del año á los niños destruir los nidos de nuestros encantadores y útiles gorriones. Por mucho que se repita, nunca será lo bastante, que con este modo de proceder se causa un verdadero perjuicio á la propiedad.

Las quejas de M. Noury pueden igualmente aplicarse á los reyezuelos y á las alondras.

Durante el invierno se ven los reyezuelos recorrer con una admirable vivacidad de movimientos las ramas de las coníferas y de los árboles de nuestros huertos, entregándose á una caza minuciosa.

Cuando en ésta encuentran pocas larvas, buscan los huevos de los insectos, y especialmente los de los bombyx,

y en general los de los lepidópteros, cuyas orugas devoran las hojas de los bosques. Para depositar sus huevos en una rama, la paloma fija en ella su abdomen y da una vuelta en derredor de ella, formando una hélice regular. De lo que resulta que los huevos están dispuestos en una línea espiral, tan unida, que se diría que no era otra cosa más que una sortija de piedras finas. Al fijar en ella su atención el reyezuelo no deja uno.

La finura de su pico y su agilidad extremada le permiten hacerlos desaparecer en un momento.

Su comida dura todo el día, de modo que la cantidad de huevos perjudiciales que destruye es innumerable. En el mes de Mayo llega á ser hasta prodigiosa, porque áun entonces no se han avivado las larvas, y los reyezuelos tienen una familia que alimentar.

Lo mismo sucede con las alondras. Hemos oído quejarse de sus perjuicios: de que tronchan los retoños de los árboles frutales. ¡Qué error tan grande! M. Noury ase-

Una tarde, á la caída del sol, en el momento en que reunía el ganado, vió que una vaca, sobre la que apoyaba su mano, se bajaba, se levantaba bruscamente, y desaparecía entre los jarales.

Una masa enorme, rápida como el pensamiento, se había arrojado sobre la vaca y se la había llevado. La masa enorme era un león.

Desde el momento en que lo sobrenatural no tenía nada que ver con las desapariciones sucesivas, el valor renació en Ben-Alí.

Sin ocuparse más en su rebaño, se colgó al hombro la escopeta; puso en su cintura un agudo puñal, y siguió sin vacilación alguna á la fiera.

Desde aquel mismo momento empezó la caza de rama en rama, de jaral en jaral, de pista en pista, de rugido en rugido, hasta al día siguiente por la tarde, en que por fin pudo ver á la fiera frente á frente.

Sólo una estrecha hondonada lo separaba de aquélla.

El león se paró y se puso á mirarlo con la mayor tranquilidad del mundo.

Mohamed-Ben-Alí, repuesto algun tanto de la impresión instintiva que produce siempre la vista del rey del desierto, se echó á la cara la escopeta; pero en el momento en que se disponía á apretar el gatillo, el león dió un gran salto, cayó como una exhalación sobre el árabe, y ambos rodaron juntos al fondo de la hondonada.

Uno sólo se levantó; éste fué Alí. El león, herido en la espalda derecha por dos balas, había caído muerto sobre su adversario, á quien únicamente causó algunas contusiones nada más.



EL MES DE AGOSTO.

gura que nunca destruyen un retoño sano. En el momento en que un retoño encierra una larva de gorgojo, coco, etc., la alondra no se engaña, destruye la envoltura escamosa, que de todos modos ya estaba perdida, destruyendo al mismo tiempo la larva, que es lo importante.

No podemos menos de recomendar, ántes de destruir á los pajarillos y ántes de atribuirles perjuicios imaginarios, el estudiar y darse cuenta exacta de sus costumbres.

En todo tiempo nos hacen verdaderos servicios, y nos desembarazan de enemigos temibles para la recolección.

LUCHA DE UN ÁRABE CON UN LEÓN.—Hacia algunas semanas, dice *El Zeramna*, que un árabe llamado Mohamed-Ben-Alí, habitante en la propiedad de Ben-Simon del Fil-Fila, cerca de Philippeville, notaba que su rebaño disminuía sensiblemente todos los días. No pasaba tarde en que no contara de menos un bucy ó una vaca al volver á la granja.

La desesperación de Mohamed-Ben-Alí no tenía consuelo. En vano había consultado á los augures, dado algunas monedas á los marabuts más renombrados; siempre quedaba en la misma ignorancia, y su rebaño, á pesar de las súplicas al Profeta, se deshacía como la sal en el agua.

MORTANDAD DE GOLONDRINAS.—En una correspondencia que publica *La Chasse Illustrée* leemos lo siguiente:

«Exactas, como siempre, á su llegada, las golondrinas no han encontrado la primavera deseada y que les había prometido el almanaque, sino un horrible mes de Abril y un abominable mes de Mayo.

»El sol, tiritando en un cielo gris y con una tramontana glacial, no ha podido abrigar ni proteger á las moscas é insectos necesarios á su subsistencia.

»Transidas de frío y hambre, las pobres y delicadas viajeras se han refugiado en los establos de las bestias, en donde, es verdad, encontraban un poco calor, pero ningún alimento, y por las mañanas se las veía muertas á docenas por todas partes, en los patios, en los techos, en los campos, en los caminos.

»Las raras que han sobrevivido y que surcan en la actualidad el cielo, ¡ay! demasiado tarde clemente y azul, se acordarán por mucho tiempo del año fatal para ellas de 1879.

»Ignoramos si se ha observado un hecho semejante alguna vez, hecho que nos han asegurado su certeza todos los campesinos, y que es preciso admitir ante la desaparición casi completa de estos huéspedes encantadores de nuestras habitaciones.»

ANUNCIOS.

GRAN BAZAR DE ARMAS y efectos de caza, pesca y esgrima, de Indalecio Perez, calle de Tetuan, núm. 23, Madrid.

Primer establecimiento en su clase en España, surtido abundantemente con géneros de novedad de la Exposición de París.

Especialidad en escopetas inglesas, austriacas, francesas y belgas. Catálogo con la nueva Ley de caza, decretada en 10 de Enero de 1879, y su precio es un real en toda España.

Cepo-cañon-central, para matar toda clase de animales dañinos. Indispensable á todos los ganaderos, dueños de montes y Sociedades de caza. Consiste este aparato en un cañon de calibre 16, de 0^m.30 de largo. *LA ILUSTRACION VENATORIA* lo titula *Matalobos*, y lo describe en su número 3.º de este año. Su inventor ha sido premiado en la Exposición Universal de París de 1878. Precio: 200 reales. Remitiendo su importe en letra de fácil cobro se manda á provincias franco de porte.

DE LA CAZA Y SU LEGISLACION.—Tratado de la caza, pesca y uso de armas, con las leyes vigentes, por D. Joaquín Badía, Doctor en Derecho Civil y Canónico, Presidente de la Asociación de Aficionados á la caza y pesca, de Cataluña, etc.—Un volumen en 8.º—Véndese á 10 reales en las principales librerías.

CAZA DE LA PERDIZ.—Consideraciones sobre la caza de la perdiz con reclamo, por D. Andrés Guerra, fundador y vice-presidente de la Asociación de aficionados á la caza y pesca, de Cataluña, etc.—Un folleto en 8.º—Véndese á 4 reales en las principales librerías.

ARMAS DE CAZA Y DE TIRO.—Libioulle, Guinard y Compañía.—Avenida de la Opera, número 8, en París.—Únicos agentes de W. W. Greener, de Londres y Birmingham, y de Torchand y Wadsworth de Worcester.

Escopetas chokebore de Greener para caza y tiro de palomas. Francos.

1	Escopeta de triple corredera; calibre, 12, 16 y 20, sistema chokebore, 1.ª clase, adamascado muy fino.	1.100
2	La misma escopeta, 1.ª clase, adamascado fino.	1.000
3	Id. id., sin adamascado.	920
4	Id., 2.ª clase, adornos finos.	840
5	Id., 2.ª clase, sin ningún adorno.	820
6	Id., sin adorno, pero el mejor montado de este sistema.	740
7	Escopeta de doble corredera; calibre, 12, 16 y 20, sistema chokebore modificado.	680
8	Id., id., id.	550
9	Escopeta chokebore, modificada, llave inglesa y calibre 12, 16 y 20.	420
10	Id., id., id.	340
11	Id., id., id.	300

Las escopetas marcadas con los números 1, 2, 3, 4, 5 y 6 están arregladas para tirar de 200 á 230 perdigones ingleses, del número 6, en un blanco de 76 centímetros de diámetro, á 36 metros y 50 centímetros de distancia. El número máximo de perdigones para la carga es el de 305.

Francos.

La escopeta número 7	tira de 180 á 210 perdigones.	
Id. » número 8	» de 160 á 200 »	
Id. » número 9	» de 140 á 190 »	
Id. » número 10	» de 160 á 170 »	
Id. » número 11	» de 150 á 160 »	
Escopeta Hammerlen, sin gatillo, 1.ª clase, sistema choke.		1.200
Id. id. id. 2.ª clase.		750

Revólvers de Torchand y Wadsworth de Worcester (E.-Unidos).

Bull dog de triple raja de nuez; calibre, 320, nikelado.	35
Id. id. id. 380 id.	40
Terror id. id. id. 320 id.	35
Id. id. id. id. 380 id.	40
Revólver de acción doble id. 320 id.	55
Id. id. id. id. 380 id.	60

Escopetas de caza de 100 á 200 francos, de todos sistemas y calibres. Revólvers desde 8 hasta 120 francos. Carabinas de precisión de los sistemas Martini, Stahl, Wetterli, Sharps, y municiones, enseres y accesorios de caza y de tiro.

Madrid, 1879.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastiade Aribau y C.ª (sucesores de Rivadeneyra), IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M. Calle del Duque de Osuna, n.º 3.